



Tratemos de analizar la realidad peruana en un partido de fútbol

(Algo de superflua filosofía posmoderna a propósito del Perú – Chile)

Texto e ilustración: Hugo Vergara
Docente del Departamento de Humanidades y de la Facultad de Comunicaciones



En el 2002, entrando a la recta final de mi carrera universitaria, vi un interesante documental elaborado por estudiantes de la Universidad de Lima para el curso Taller de Documental que dictaba, entonces, José Balado (quien luego dictaría en las aulas upenianas). Entre vivos y plebeyos es el título de este trabajo dirigido por Matías Vega y producido por Andrea Harman donde se aborda la idiosincrasia peruana: la informalidad y la criollada. Amén de la genial locución de Carlos Carlín, la analogía hecha sobre el país como un partido de fútbol es notable.

Tomando esa idea, tomando el fresco y doloroso recuerdo del partido Perú – Chile y mientras muchos están tomando de pura rabia, reflexionemos un poquito: ¿Por qué, Perú, por qué?

Supongamos que esos once jugadores somos todos los peruanos. Muchos jugaron con entusiasmo, casi todos, igual que en el país casi todos decimos vamos con fe, con fe y, a pesar de la adversidad, la peleamos, le echamos palante, sudamos la camiseta. Entonces, ¿por qué no ganamos? ¿Por qué no salimos de un tercermundismo que nos impide clasificar a un mejor nivel de vida? Pues porque entre los entusiastas hay muchos que creen que con su esfuerzo individual van a conseguir algo como grupo. Ahí están los que se concentran

únicamente en lo que les rodea: su trabajo, su ganancia, su familia, su gente y el resto oh, qué pena. Gente que ignora deliberadamente la política, que vota sin criterio, que desconoce la historia, que no lee un periódico, que no conoce la realidad del resto de los jugadores.

Y como si esto no fuera suficiente, tenemos a los otros: los que solo viven para aprovecharse de lo que conseguimos los optimistas que la sudamos hasta el final del partido; los que nos roban y los que no corren porque consideran que por su posición no les corresponde; los que nos sabotean con o sin intención. A veces, nos toca jugar con esa gente pero, la mayoría de veces las elegimos creyendo que no hay otros con quienes jugar. Esto es trágico pues solo hay que tener un poquito de coraje y exigir que se busquen nuevos jugadores que, aunque desconocidos e inexpertos, podrían hacer algo mejor que los viejos zorros que siempre nos hacen lo mismo. ¿Si no empezamos a renovar jugadores, hasta cuando nos van a durar los pocos buenos que tenemos?

El plausible esfuerzo individual es inmediato, no perdura, no trasciende sino se extingue en la marea de errores, imprecisiones, faltas y expulsiones de los demás. Once jugadores jugando su propio juego no es un equipo; nunca clasificarán.